

saber que «dos hermanitos estaban enamorados de la misma mujer» nada le dije de esta pasión mía. A mí, por el contrario, lo que más me placía en este sentimiento, era precisamente la idea de que era tan puro nuestro amor, que seguíamos siendo tan amigos aún amando á la misma encantadora criatura, y que, si llegaba á ser necesario, estábamos los dos dispuestos á sacrificarnos el uno por el otro. No obstante, pareceme que Volodia no compartía del todo este sentimiento del sacrificio, pues era tan fuerte su amor ó él lo decía, que no hablaba sino de abofetear y aún de provocar en duelo á un verdadero diplomático, que, según decían, se iba á casar con esta señorita. En cuanto á mí, quizás me era agradable esta idea del sacrificio, porque no había hablado con ella más que una sola vez sobre música, y especialmente porque mi amor, á pesar de todos mis esfuerzos para inflamarlo, desapareció del todo la semana siguiente.



### XXXVIII

#### En el gran mundo

Los placeres mundanos, á los cuales, al hacer mi entrada en la Universidad, soñé que podría entregarme imitando á mi hermano, no me dieron más que desengaños. Volodia bailaba mucho y asistía á toda clase de reuniones; papá frecuentaba también la sociedad con su joven esposa, pero de mí nadie se acordaba, quizás porque les parecería demasiado joven, quizás porque no me juzgarían digno de tomar parte en sus placeres; lo cierto es que no tenían prisa en llevarme á las casas donde se celebraban esta clase de reuniones.

A pesar de mi promesa de ser sincero con Dmitri, ni á él ni á nadie le dije cuánto deseaba asistir á los bailes y la honda pena que me causaba el que me dejasen en casa como olvidado; sin duda me consideraban todos como un filósofo, porque, precisamente á causa de esto, yo me presentaba artificialmente como tal.

Pero á mediados de invierno la princesa Kornakov dió un gran baile, y nos invitó á todos, incluso á mí, de manera que por la primera vez asistiría á una de estas reuniones del gran mundo. Antes de salir, Volodia entró en mi cuarto para ver cómo me vestía. atención que me sorprendió mucho de su parte y me cohibió extraordinariamente. Parecíame á mí que el deseo de aparecer bien puesto y bien vestido era cosa vergonzosa y se había de disimular en toda ocasión. Mi hermano, por el contrario, hallaba tan natural



y tan corriente este deseo que, con toda franqueza, confesó su temor de que yo pudiese caer en ridículo. Me ordenó que me pusiese botas de charol, él mismo me colocó la cadena del reloj de una manera particular, me indicó los guantes que había de tomar y finalmente me llevó á una peluquería del Puente de los Mariscales. Allí me rizaron; mi hermano empezó á contemplarme desde algunos pasos de distancia para ver bien el efecto, y dijo:

—Muy bien, bastante bien!... Pero no se podrían alisar un poco esos malditos mechones de pelo?

Mas aunque el peluquero se esforzó, llenándome la cabeza de pomadas, en dejar completamente aplacados mis rebeldes cabellos, todo fué inútil, pues apenas me hube puesto el sombrero levantáronse otra vez; en general me gustaba á mí mismo menos rizado que antes de rizarme. Mi único modo de parecer tal cual era el de afectar cierto descuido.

Creo que Volodia fué de mi mismo parecer, pues me pidió por el camino que me despeinase, lo cual hice con mucho gusto; pero

ya deshechos los rizos y no pareciéndole pasable todavía mi aspecto, ya no me miró Volodia más en todo el camino, llegando silencioso y disgustado á casa de los Kornakov.

Penetré con gran desembarazo en los salones, acompañado de Volodia; pero cuando la princesa me invitó á danzar, yo que había ido allí con la intención de bailar lo más posible, contesté, no sé por qué: «Perdón, no bailo». Desde aquel punto me puse taciturno,

y me quedé solo entre desconocidos, cayendo en mi timidez ordinaria que fué creciendo á cada punto. En silencio, no me moví del mismo lugar casi en toda la noche.



Durante el vals una de las princesas se me acercó y con la amabilidad oficial de que hacía gala toda la familia, me preguntó por qué no danzaba... Recuerdo lo mucho que me intimidó esta pregunta, pero al mismo tiempo, y contra mi más íntima voluntad, una sonrisa de satisfacción iluminó mi rostro y empecé á decir en francés y en frases enfáticas tan enormes tonterías que aun hoy, después de los años transcurridos, siento una gran vergüenza de mí mismo. Sin duda era la música lo que obraba de este modo sobre mí, excitando mis nervios.

Hablé de la alta sociedad, de la tontería de los hombres y de las mujeres, y llegó un punto en que me hube de parar en el momento de ir á pronunciar una palabra que de ningún modo podía ser dicha allí.

Aún la princesa, mujer acostumbrada al trato mundano, se quedó confusa y me miraba con aires de reproche, pero yo continuaba sonriendo estúpidamente. En ese momento crítico, Volodia, que me vió hablar con calor y deseó sin duda saber cómo me desquitaba hablando de mi negativa á danzar, se nos acercó junto con Dubkov; pero al ver mi rostro sonriente y la cara de espanto que ponía la princesa y sobre todo al oír la inmensa tontería con que puse fin á mi discurso, se ruborizó y se alejó sin decirme nada. La princesa se levantó y se alejó también, pero yo me quedé sonriendo, aunque la conciencia de mi simpleza me hizo sufrir mucho, tanto, que sentí ganas de meterme bajo tierra, experimentando entonces la necesidad de moverme, de agitarme á toda costa, diciendo ó haciendo algo para destruir una tan ridícula situación.

Me acerqué á Dubkov y le pregunté si había bailado muchos valsos con *ella*. Fingí frivolidad y alegría, pero en realidad iba mendicando auxilio de ese mismo Dubkov al cual había insultado en casa de Iar, gritándole: «Callaos!» Dubkov hizo como si no me oyese y se alejó. Me fuí entonces á Volodia, y haciendo un esfuerzo sobrehumano le dije, tratando de dar á mi voz el tono chancero: «Anda, Volodia, mucho bailas; te hallarás ya reventado!» Pero





Volodia me miró, como diciéndome: «Así hablas conmigo únicamente estando solos», y sin decirme tampoco nada se alejó igualmente, quizás temiendo que me cogiese á él. «Pero, Dios mío, también mi hermano me abandona!» pensé.

No obstante, no hallé en mí la fuerza para marcharme, y permanecí medio escondido, en el mismo sitio, hasta el fin de la velada. Y cuando ya todos reunidos en la antesala para marcharnos, me puso el criado el abrigo sobre los hombros y con el movimiento que hizo me levantó el sombrero, que por poco se me cae al suelo, exclamé riendo: «Esto sí que es gracioso!» pero en verdad no tenía en aquel momento sino grandes ganas de llorar, con las lágrimas á punto de saltárseme de los ojos.

### XXXIX

#### La gran orgía

AUNQUE, gracias á la influencia de Dmitri, no me entregué nunca del todo á esas fiestas estudiantiles que ellos llamaban *orgías*, no obstante, este mismo invierno pude tomar parte en una de esas fiestas, pero la impresión que guardo de ella no es por cierto muy agradable. He aquí cómo sucedió la cosa.

Al principio de año, estando en clase, el barón de Z... un joven de elevada estatura, muy rubio, de fisonomía correcta y grave, nos invitó á todos para una gran fiesta de estudiantes. «Todos» quiero decir los camaradas más ó menos *comme il faut* de nuestra clase, entre los cuales no se hallaban ni Grapp, ni Semenov, ni Operov, ni todos los demás escolares de poco más ó menos. Volodia sonrióse despreciativamente cuando supo que yo asistía á una fiesta de estudiantes del primer año, pero yo esperaba divertirme lo indecible en esa velada, donde se pasarían cosas por mí totalmente ignoradas, y á las ocho en punto, hora previamente señalada, llegaba yo á casa del barón de Z...

El barón de Z..., desabrochada la levita y con chaleco blanco, recibía á sus invitados en el salón profusamente iluminado, en el pequeño hotel donde habitaba con sus padres, quienes para esta ocasión le habían cedido las habitaciones de ceremonia. En el corredor, se percibían, medio escondidas tras las puertas, las faldas y las curiosas cabezas de las criadas de la casa, atraídas por el



anuncio de que había de ser la casa invadida por jóvenes de la Universidad. Eramos en totalidad unos veinte invitados, todos estudiantes menos el señor Frost, que acompañaba á Ivine, y un señor vestido de paisano, de mejillas muy encarnadas, que había de dirigir el orden de la fiesta y quien era presentado como un pariente del barón y antiguo estudiante de la Universidad de Derpt.



La luz demasiado viva y los muebles severos y graves del salón, parecidos á los de todos los salones, mantuvieron al principio cierta frialdad entre todos esos jóvenes ganosos de divertirse, aunque ninguno sabía cómo; casi todos nos estábamos quietos sentados en los sillones ó en el sofá sin atrevernos apenas á hablar. Tan sólo algunos más osados, al frente de los cuales se había puesto el estudiante de Derpt, iban de un lado á otro, charlando y riendo, sobre todo este último, quien

empezó por quitarse la levita y, con el chaleco desabrochado, parecía hallarse al mismo tiempo en todas partes, llenando el salón y las salas contiguas con su voz de tenor agradable y sonora.

Ya he dicho que la mayoría de los estudiantes callaban ó hablaban sosegadamente de los profesores, de las ciencias, de los exámenes, en general de asuntos serios é interesantes. Todos sin excepción dirigían de vez en cuando miradas á la puerta del comedor, y aunque todos procuraban disimularlo, su expresión decía bien claro: «Bueno, ya sería tiempo de empezar». También á mi me parecía que era tiempo de empezar, aunque no sabía á punto fijo qué es lo que había de *empezar*...

Después del té, que los criados sirvieron á los invitados, el estudiante de Derpt preguntó á Frost, en ruso:

—Sabes tú hacer el ponche, Frost?

—Oh! sí,—dijo Frost, poniendo las piernas en elegantísima postura.

—Entonces, puedes encargarte de ese trabajo.—Se tuteaban, como antiguos estudiantes de la Universidad de Derpt. Frost, entonces, con sus grandes piernas arqueadas y musculosas, empezó á hacer viajes desde el comedor al salón y desde el salón al comedor, dejando por fin sobre la mesa una gran fuente y un grueso pan

de azúcar y colocando sobre la fuente tres espadas cruzadas. Mientrastanto, el barón de Z... no hacía más que ir del uno al otro de los invitados y, sin dejar de vista la fuente con las espadas, las cuales parecían causarle cierta desazón, decía á todos lo mismo: «Bien, señores, bebamos al estilo de estudiantes, en círculo, pues en nuestra clase no puede decirse que reine el verdadero compañerismo. Pero, desabrochaos... ó mejor será que os quitéis la levita, como él ha hecho ya!» En efecto, el estudiante de Derpt, remangada la camisa hasta más arriba de los codos, y separadas las piernas se disponía á pegar fuego al ron, haciendo los más enfáticos ademanes.

—Señores, apagad las bujías!—gritó de pronto el estudiante de Derpt, pero con voz tan potente como si todos nosotros hubiésemos gritado á un tiempo. Pero todos nosotros, en silencio, no hacíamos más que mirar ora la gran fuente, ora la camisa blanca del estudiante de Derpt, comprendiendo que el momento solemne había llegado por fin.

—Apaga las bujías, Frost!—gritó otra vez, pero en alemán, el estudiante de Derpt. Entonces nos lanzamos todos á apagar bujías y quedó la estancia á oscuras, no percibiéndose casi nada más que las mangas de la blanca camisa del estudiante y sus manos sosteniendo el pan de azúcar por encima de la azulada y movediza llama del ron. Ya no se oía solamente la voz de tenor agudísima del estudiante de Derpt, pues todos reíamos y cantábamos ó hablábamos estruendosamente. Algunos estudiantes se quitaron la levita, sobre todo aquellos que llevaban camisa limpia y planchada de nuevo; yo fui uno de estos, pues comprendí que, en efecto, la orgía había comenzado ya. Aunque no era la cosa muy alegre ni divertida hasta entonces, me convencí firmemente de que sin duda llegaría á lo admirablemente grande cuando hubiésemos tragado cada uno un vaso de la bebida que se estaba preparando. Por fin, quedó hecho el ponche, y el estudiante de Derpt, manchando horrorosa-





mente la mesa, llenaba los vasos y gritaba: «Ea! señores, empecemos ya!» Cuando cada uno de nosotros tuvo en la mano su vaso lleno, rebosante del caliente líquido, el estudiante y Frost entonaron una canción alemana... y todos nosotros les seguimos en el más completo desorden; empezamos á trincar los vasos, cantando y gritando como energúmenos, alabando el ponche y bebiendo cogidos el uno del brazo del otro, como verdaderos camaradas, bebiéndonos grandes tragos del licor fuerte y dulce. Ya no había que esperar nada más, la orgía había llegado á su apogeo, y cuando hube bebido un gran vaso de ponche me llenaron otro vaso. Mi pulso se aceleraba y batía con fuerza, la luz me parecía de un rojo oscuro, á mi alrededor todos reían y vociferaban, y, sin embargo, aquello no solamente no tenía nada de alegre, sino que estaba hasta convencido de que lo mismo yo que todos los demás nos aburríamos soberanamente, pero que todos también, no sé por qué, nos creíamos obligados á parecer alegres. Quizás el único que no fingía era el estudiante de Derpt. Cada vez con la cara más encendida y cada vez con más entusiasmo, iba llenando los vasos de todos y manchando horriblemente la mesa, que estaba ya hecha un asco. No recuerdo bien todo lo que sucedió después ni cómo sucedió, sé únicamente que aquella noche fuí un entusiasta admirador de Frost y del estudiante de Derpt, que me aprendí de memoria la canción alemana y que les besé á los dos en medio de la boca llena de azúcar. Recuerdo también que aquella misma noche odié ferozmente al estudiante de Derpt, que quise tirarle una silla á la cabeza y que no sé cómo me contuve; recuerdo además, que, aparte la gran dejadez que noté en todos mis miembros cuando la comida en casa de Iar, me hacía la cabeza tanto daño y giraba entorno mío todo de tal manera que tuve miedo de morirme allí mismo. Recuerdo también que nos sentamos todos en el suelo y que agitando los brazos para imitar el movimiento de los remos cantamos la célebre canción: «Al bajar por las aguas del padre Volga...» y recuerdo que en aquel preciso instante yo pensaba: «He aquí una cosa que no debíamos hacer». Recuerdo que tendido en el suelo empecé una lucha á la manera de los tziganos y que luchando causé grave daño en el cuello de no sé quien y que yo pensé que esto no hubiera sucedido si éste «no sé quien» no hubiese estado borracho. También recuerdo que cenamos y que bebimos todavía algo más, que yo salí al patio para refrescar mi ardiente cabeza, que luego sentí frío en ella, que al marcharnos estaba todo muy oscuro, muy negro, que el estribo del coche se había puesto resbaladizo... Pero lo que principalmente recuerdo

es que fuí un verdadero imbécil durante toda aquella noche fingiendo estar alegre y que me gustaba mucho el beber y que no estaba borracho, cuando nada de esto era verdad y comprendía que todos los demás hacían lo mismo, cometiendo una idéntica tontería. Parecióme que á cada uno de por sí le era aquello tan desagradable como á mí, pero que creyendo ser el solo que experimentara semejante impresión, cada uno hallaba necesario aparentar alegría para no turbar la alegría de los otros; además, aunque parezca extraño, me creí obligado al fingimiento porque en la gran fuente habían echado tres botellas de *champagne* de diez rublos cada una y diez botellas de ron, á cuatro rublos, lo que hacía un total de setenta rublos, sin contar la cena. Estaba tan convencido de todo esto que al día siguiente, en la Universidad, me quedé muy sorprendido al ver que mis camaradas que habían asistido á la fiesta dada por el barón de Z... no solamente no se avergonzaban de contar lo que habían hecho allí sino que lo explicaban de modo que los demás pudiesen entenderlo bien. Decían que fué una fiesta extraordinaria y sorprendente, que los estudiantes de Derpt son maestros en tales negocios, que veinte personas se bebieron cuarenta botellas de ron, y que muchos de los convidados fueron á parar bajo la mesa completamente borrachos. No pude entonces comprender por qué contaban con tanta satisfacción cosas tales, y menos aun porque mentían de ese modo.